

3 preguntas y 1 anécdota



Pepita Serrador

Hay públicos que tienen un sentido tomista para juzgar a las figuras que vienen precedidas de ancha fama. El nuestro no es de los que se dejan ganar fácilmente por las referencias, aunque sean muy autorizadas y prefieren "ver y creer". Así ocurrió con Pepita Serrador, actriz argentina cuya primera actuación en Barcelona había creado un clima de curiosidad expectante. ¿Será tan buena como dicen — se preguntaban los cazadores de acontecimientos. Y Pepita Serrador, al acabar la primera representación hizo actualidad viva la célebre frase del César, el precursor del "slogan", con su definitivo "veni, vidi, vinci".

No se puede ganar tan incondicionalmente al público en menos tiempo. Sobre todo a un público que no se deja impresionar por los antecedentes en materia artística. Pepita Serrador triunfó no por los lazos afectivos de raza que anudan sentimientos y simpatías, sino por el camino universal y difícil del arte que genera admiraciones espontáneas. Aparte de la razón suprema de su temperamento artístico, que acusa un talento claro y una personalidad arrolladora, Pe-

rita Serrador es hija de un catalán y una valenciana, y lleva en su sangre algo de la fantasía y del sol levantinos. De ahí su vivacidad, su gracia fina y aguda, su garbo español pasado por el tamiz porteño y pulido por el teatro universal, más concretamente el europeo, y más aún el español y el francés, de donde se infiere el garbo, el "sprit", la simpatía y el aire moderno, ligero, grácil, frívolo. En el público se advierte la risa, pero más la sonrisa, la grata complacencia, ante la deliciosa labor de Pepita Serrador en "Un bebé de París", obra que sirve para lucir toda la gama de su fina y trepidante comicidad.

Al acabar la función, intento ver a la magnífica actriz y la gentilísima Isabel, piedra angular de este teatro, me presta sus amables servicios de enlace.

Pepita Serrador, de atrayente belleza rubia, se afana en el desmaquillaje y sostiene una nerviosa lucha con su enrespada melena a la moda. Cordial, precisa en las frases, sincera en la expresión, la charla fluye animada.

—¿Emocionada al presentarse en Barcelona?

—Domino bien mis nervios, pero pesaba mucho en mi ánimo el recuerdo de mi padre, Esteban Serrador, que era de aquí. De pequeño se marchó a Buenos Aires y creó el teatro típico argentino trabajando incansablemente por todo el país. Mi madre era valenciana, Josefina Marí, una actriz de mucho prestigio. Por eso, en cuanto he tenido la primera oportunidad he venido a España para ofrecer todo lo que tengo: mi arte.

—¿Y está contenta de actuar aquí?

—Muchísimo. Mis cálculos eran hacer unos seis meses de temporada y llevo más de un año. Además tengo compromisos para otro año lo menos. En todas partes me han acogido muy bien y estoy muy

reconocida a los públicos de Madrid, del Norte, de Andalucía, de Levante y desde luego de este, tan sensible, tan moderno y tan bondadoso conmigo.

—¿Es la primera vez que sale de la Argentina?

—No. He recorrido toda América. Méjico, Guatemala, Puerto Rico, Colombia, Perú, Chile, Panamá, Nicaragua... A Europa es la primera vez que vengo, y por muchas razones tenía que empezar por España.

—¿Qué género le gusta interpretar con preferencia?

—Todo. Desde el clásico al moderno y de la tragedia al vodevil fino. Me gustan las comedias de humor y frivolidad al estilo francés y los dramas de emoción humana. Toda obra que tenga un papel de lucimiento, ya sea alegre y cómico o emotivo y sentimental, me interesa. En mi repertorio que es muy extenso, llevo teatro español, francés, italiano, inglés y americano. Me gustan las obras de Bernstein, de Lenormand, de Niccodemi, de Benavente, pero también de los Quintero, de Fodor, de Darthés y Damel, que hacen cosas muy alegres y divertidas, como "Esta noche me suicido", con la que me presenté y esta que ahora hacemos.

—Pues ya estamos en mis tres preguntas: ¿por qué se dedico al teatro?

—Porque soy hija de artistas y aunque mis padres no querían, de pequeña sentí tanta afición, que a los once años me fugué del convento donde estudiaba para dedicarme al teatro. En vista de mi resolución, mis padres empezaron a darme papelitos y me tuvieron mucho tiempo sacando bandejas en escena. Recuerdo que el primer papel algo importante fué el "Cepilín" de "Marianela", y ya de mayor, un papel principal en el estreno de "La hija del tabernero", de Angel Lázaro. Estuve en la compañía de mis padres hasta el 1940, que murió mi padre. Después forme compañía propia y calculo que habré estrenado más de 200 comedias.

—¿Cuál es su mayor ambición artística?

—Que no se me olvide al morir.

—De no ser actriz, ¿qué le hubiera gustado ser?

—Crítico teatral.

—Cuénteme una anécdota como final.

—Tengo muchas, pero le contaré una del cine. Yo he hecho cerca de treinta películas, pero el cine no me gusta porque no hay más criterio que el del director. Cuando hago películas es porque me va mal el negocio y el dinero que gano en el cine lo gasto luego en el teatro, que es el arte más directo y más verdad. Pues cuando ya tenía un nombre artístico y había hecho varias películas, llegó la moda de los cazadores de autógrafos y la muchachada invadía los estudios de Buenos Aires para recoger las firmitas. Yo tenía cola, como todas las primeras figuras, pero dos chicas me pidieron que encabezara un álbum y les puse un pen samiento y la firma. Al salir les oí que se preguntaban una a otra: "¡Che!, pero, ¿quién es?" ¡Eso después de muchos años de éxito en la escena! El cine no tiene más ventaja que pagan mucha plata.

—Es que el prestigio es una cosa y la popularidad es otra muy distinta.

J. M.

(Caricatura de RAMON)